

Entre la Inflación y la Deflación

El Peruano Agosto 4 de 1998

Los heterodoxos opinan que la inflación ha jugado un papel decisivo en la historia económica. Se afirma que la humanidad no habría alcanzado su actual nivel de bienestar si la oferta de dinero no hubiera crecido más rápidamente que la demanda de dinero. Se asegura que la inflación condicionó el progreso económico. La intensificación de la división del trabajo y el continuo incremento de la acumulación de capital (fenómenos que han multiplicado la productividad laboral) solo puede aparecer allí donde haya inflación. La inflación provocó prosperidad y riqueza; la deflación provocaba malestar y decadencia económica. Un repaso a la literatura política y un exámen de las ideas que han presidido la política monetaria y crediticia de los países demuestra que tal opinión ha sido siempre aceptada por casi todos los países del mundo. A pesar de las advertencias de los serios economistas, todavía la filosofía económica de la heterodoxia se basa en tal opinión.

La popularidad del inflacionismo se debe al arraigado odio hacia el prestamista. Se considera justa la inflación porque favorece a los deudores a costa de los acreedores. Sin embargo, la interpretación inflacionista de la historia económica que examinaremos tiene poco en común con el mencionado fundamento antiacreedor. La afirmación básica de la interpretación inflacionista, según la cual el «expansionismo» es la fuerza impulsora del progreso económico mientras el «restriccionismo» constituye el peor de todos los males, se ampara en argumentos de otra característica.

Los problemas que suscitan las doctrinas inflacionistas no pueden ser resueltos acudiendo a la experiencia histórica. La trayectoria de los precios parece demostrar una continua tendencia alcista, que, únicamente durante algunos cortos períodos, detuvo su curso. Sin embargo, a tal conclusión sólo cabe llegar mediante la comprensión histórica. Es imposible abordar los problemas históricos con el rigor que exige la teoría económica. Resultaron inútil los intentos que realizaron los historiadores y estadísticos por medir el poder adquisitivo del dinero. Ya anteriormente se hizo notar la imposibilidad de medir el poder adquisitivo del dinero; cuantas tentativas en tal sentido han sido practicadas, se amparan en falsos supuestos, en una ignorancia de los principios básicos de la historia y la teoría económica. No obstante ello, lo que la historia; mediante sus métodos, llega a decirnos es suficiente como para permitirnos asegurar que el poder adquisitivo del dinero ha ido descendiendo a través del tiempo.

El problema que interesa examinar estriba en decidir si ese descenso del poder adquisitivo del dinero fue o no factor indispensable en aquella evolución que, partiendo de la miseria, ha conducido a las más satisfactorias situaciones. Tal interrogante debe ser resuelta sin aludir a la experiencia histórica, la cual siempre ha sido interpretada del modo más diferente, hasta el punto de que a la experiencia histórica acuden tanto los partidarios como los enemigos de las teorías para demostrar la procedencia de sus mutuamente contradictorios e incompatibles afirmaciones. Aclaremos qué efectos tienen las variaciones del poder adquisitivo del dinero sobre la división del trabajo, la acumulación del capital y el progreso técnico.

Sin embargo, no podemos considerar agotado el tema por el hecho de que logremos refutar los absurdos argumentos que los inflacionistas aducen en defensa de sus tesis. La teoría económica ha demostrado que los argumentos referentes a las

supuestas bendiciones de la abundancia de dinero y a los supuestos desastres inherentes a la escasez de dinero encierran errores lógicos. Fracasaron todas las tentativas que han hechos los partidarios del inflacionismo y el expansionismo por refutar las certezas de las enseñanzas de los economistas.

El problema decisivo es ¿Cabe o no rebajar la tasa de interés permanentemente mediante la expansión crediticia inorgánica? Esto será examinado al estudiar la interdependencia entre la relación monetaria y la tasa de interés. En ella evidenciaremos las consecuencias que han de acarrear los auges provocado a base de expansión crediticia inorgánica forzosamente.

Sin embargo, examinaremos si existen otras razones que estén en favor de esa interpretación inflacionista de la historia. ¿No es posible que los inflacionistas hayan ignorados los argumentos válidos que alimenten sus tesis?

Supongamos un mundo en el cual fuese ya invariable la cantidad ofertada de dinero existente. La totalidad de aquel «bien» utilizado para los servicios monetarios habría sido obtenida en el primer momento histórico. Incrementar la cantidad ofertada de dinero existente resulta imposible, pues suponemos que aquel mundo desconoce por completo el dinero fiduciario. Todos los sustitutos del dinero -incluso las monedas fraccionarias- son certificados de dinero.

Bajo estos supuestos, la intensificación de la división del trabajo; la evolución de la autosuficiencia económica de las familias, distritos, departamentos y países; la sucesiva acumulación de capitales y el progreso de los métodos técnicos de producción; habrían de provocar forzosamente deflación. ¿Es posible que tal deflación hubiera impedido el desarrollo económico?

El empresario opinará que sí. El empresario no puede imaginar distinto planteamiento, por vivir y actuar dentro de un mundo en el cual parece que lo normal, lo necesario y lo beneficioso sea la inflación. Para el empresario, van de la mano los conceptos de inflación y beneficios, de un lado, y los conceptos de deflación y pérdidas, de otro lado. El que también se pueda operar en la baja de los precios de los bienes y el que así se hayan hecho grandes fortunas no perturba el dogmatismo del empresario. Los empresarios dicen que se trata en tales casos de simples operaciones especulativas, realizadas por gente que se benefician aprovechando la baja de los precios de los bienes que ya anteriormente fueron producidas. Pero las creadoras innovaciones, las nuevas inversiones y la aplicación de métodos técnicos innovados solo son posibles al amparo de precios futuros en alza. Sólo allí donde los precios suben cabe el progreso económico.

Sin embargo, tal opinión de los empresarios es insostenible. En un mundo donde exista deflación, la gente se hubiera acostumbrado a ese planteamiento del mismo modo que nosotros nos hemos acostumbrado a la inflación. Hoy la gente cree mejorar de posición cuando consiguen un alza nominal de sus ingresos. Hoy nos fijamos más en la subida nominal de los salarios y en el incremento monetario de la propia riqueza que en el aumento real de los bienes disponibles. En un mundo donde se registrara deflación, todos concentrarían su atención preferentemente en el descenso del costo de vida. Ello haría evidente que el progreso económico consiste fundamentalmente en que todo el mundo disfrute de cantidades cada vez mayores de bienes.

En el mundo real de los negocios carece de importancia trabajar ingeniosamente en torno a las seculares tendencias de los precios. No impresionan a empresarios ni a inversionista. La opinión de los empresarios e inversionistas acerca de cómo evolucionarán los precios en las siguientes semanas, meses o a los más años es lo que les impulsa a actuar. Además, jamás se interesan por la marcha general de todos los precios. Les preocupan solo las posibles discrepancias que puedan registrarse entre los precios de los factores de producción complementarios y los precios previstos para los futuros bienes que contemplan. Ningún empresario se lanza a determinada operación por suponer que los precios de los bienes vayan a subir. El empresario acomete el negocio por sospechar ganancias que cabe derivar de los diferentes precios que registran los bienes de capital y los bienes de consumo. En un mundo donde la tendencia secular es la deflación, tales oportunidades de lucro aparecerían; por lo mismo que aparecerían en un mundo donde la tendencia secular es la inflación. Sospechar una inflación induce a la gente a la huida hacia valores reales, desatando el pánico y provocando el colapso del sistema monetario.

Si se generaliza la opinión de que habrá deflación; la tasa de interés del mercado de préstamos a corto plazo igualmente se contrae en la correspondiente prima negativa. El empresario que tomase fondos a crédito se protegería así de la quiebra que implicaría tal deflación. En el caso de una inflación, el prestamista queda protegido gracias a la aparición de una prima positiva que compensa la inflación.

De existir una permanente deflación, los empresarios y prestamistas habrían de seguir reglas intuitivas distintas de aquellas reglas que prevalecen en nuestro mundo donde se observa permanente inflación. Sin embargo, no por ello cambiaría la gestión de los asuntos económicos. No variaría el afán de la gente por lograr una mejora de su bienestar material mediante la ordenación acertada de la producción. El sistema económico sería activado por los mismos factores que hoy los impulsan; el afán de lucro de audaces empresarios y el deseo del consumidor de procurarse de aquellos bienes idóneos para generar la máxima satisfacción al menor costo.

Lo anterior no implica abogar por una política deflacionista. Se pretende refutar las fábulas inflacionistas. Se desea demostrar la falsedad de aquella doctrina de los heterodoxos según la cual la presión deflacionista es la causa que provoca pobreza y miseria, crisis económica y desempleo. No es cierto que una presión deflacionista hubiera impedido el desarrollo de la industria. Ni es cierto que la expansión crediticia inorgánica produzca el milagro de transformar la escasez de bienes en abundancia de bienes.

La macroeconomía no recomienda políticas inflacionistas ni deflacionistas. Jamás alienta a los gobiernos a entrometerse en el funcionamiento del dinero que libremente el mercado de dinero haya adoptado. La Macroeconomía se limita a decir:

1.- Los gobiernos que adoptan políticas deflacionistas o inflacionistas no abogan por el bien común, ni el bienestar general ni los intereses generales de la Nación. Tales gobiernos, cuando proceden así, favorecen a determinados grupos, con daño para la mayoría del país.

2.- No es posible saber, de antemano, quienes, ni en qué medida serán beneficiados por las políticas inflacionistas o deflacionistas. Los correspondientes efectos de la inflación

o la deflación dependen del conjunto de las circunstancias concurrentes y de la velocidad que se imprima al movimiento inflacionista o deflacionista.

3.- La Expansión monetaria inorgánica provoca mala inversión de capital y sobreconsumo. Empobrece al país.

4.- Una continua política inflacionista provocará crisis y desarticulación del sistema monetario.

5.- La política deflacionista resulta molesto para el tesoro público e impopular entre la gente. En cambio, la política inflacionista incrementa los ingresos fiscales y es alegremente apoyada por la gente. El peligro deflacionista es despreciable en la práctica, en cambio el peligro inflacionista es gravísimo.